

con más cuidado este índice: hay entradas que repiten idéntica la información; “mujer negra” se encuentra dentro de “mujer” y dentro de “negro”, en la misma página 218. Se incluye la entrada para un adjetivo, “masculino”, lo que me parece excesivo; habría sido suficiente con que el lector buscara “poder” o “autoridad”, palabras que no se incluyen en el índice pero que el lector puede encontrar si busca “masculino”: “autoridad masculina” (p. 144).

Muchos lectores esperarían –aun los que no se especializan en el teatro del Siglo de Oro– que Fra Molinero analizara los recursos del género dramático y de qué manera los aprovechan los autores; por qué fue el teatro tan buen vehículo para esta “visión oficial” que menciona en su introducción. El autor esboza algunas opiniones: “Los negros del teatro español del Renacimiento y el Barroco, representados por actores blancos con la cara y las manos pintadas, protagonizaban en escena un hecho fundamental: sus personas eran el mensaje mismo” (p. 25). Sin embargo, no profundiza más en esta dirección, su método de análisis no es muy diferente del que se podría aplicar para una obra narrativa. También en las conclusiones es poco lo que explica sobre este problema: “Hay una dimensión estética en la representación de los negros y su esclavitud del teatro del Siglo de Oro: la estética de la recepción. La esclavitud de los negros es representada en la escena barroca de una forma que resulta atractiva a la mayoría del público” (p. 191). La atención que el autor dedica al tema acerca el libro a una obra de sociología; una segunda edición ganaría mucho con un poco más de análisis sobre la cuestión teatral, sea cual fuere la corriente teórica que Fra Molinero decida aplicar.

MARCO ANTONIO MOLINA

FRAY TORIBIO DE BENAVENTE, MOTOLINÍA, *Memoriales (Libro de Oro, MSJGI 31)*. Edición de Nancy Joe Dyer. El Colegio de México, México, 1996; 588 pp. (*Biblioteca novohispana*, 3).

Causa de regocijo y de esperanza renovada para los americanistas novohispanos es recibir una nueva edición de las obras de aquellos antiguos autores que historiaron nuestro pasado colonial, pero aún más cuando se trata de aquellas que han sido consideradas como las fuentes primarias y fundamentales de gran parte de las noticias que han llegado hasta nosotros sobre el México prehispánico y sobre los primeros decenios de la Nueva España. Este es el caso de la obra que ahora nos ocupa, publicada por el Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México, que da a luz una nueva “edición crítica” de los *Memoriales* de fray Toribio de Benavente “Motolinía”, preparada por la especialista Nancy Joe Dyer, de la Universidad de Texas.

El regocijo por la nueva edición de una obra de fray Toribio de Benavente “Motolinía”, no es gratuito, pues es de sobra conocida su relevancia para el conocimiento de nuestro pasado colonial, al ser uno de los primeros doce franciscanos que pusieron los cimientos del proceso evangelizador de la Nueva España a partir de su llegada en 1524, y el último en morir (1565-1566); “curioso en muchas cosas, y entre otras dejó memoria del modo que se tuvo en la conversión de estos naturales, y otras antiguallas”, en palabras de Mendieta (*Hist. ecles. ind.*, lib. IV, cap. 42), autor de los primeros tratados históricos sobre el México prehispánico –y los orígenes del período hispánico– que han llegado hasta nosotros, frecuentemente citados y utilizados por otros cronistas: Zorita, Mendieta, Cervantes de Salazar, Juan Bautista y Dávila Padilla. El paso del tiempo y el incremento en los estudios sobre su obra y personalidad no han hecho más que afirmar la vieja convicción de que tales escritos constituyen la fuente principal de nuestro conocimiento acerca de aquellos sucesos.

Sin embargo, a pesar de ser considerado un “curioso investigador de tiempos y verdades” y “hombre que por ninguna cosa dijera sino la mera verdad”, como escribe de él Mendieta quien lo había conocido y tenido como superior (*Hist. ecles. ind.*, lib. V, cap. 1; lib. III, cap. 22), no debe olvidarse que Motolinía fue antes que nada un religioso, misionero y hombre de acción, aspectos que se reflejan en sus escritos. Sabemos que escribió por obediencia o curiosidad, de prisa y en los ratos que le dejaban libres otras ocupaciones más perentorias, y que estuvo muy consciente de las limitaciones de su trabajo y nada ansioso de que éste saliese al público. Vista la decisión y seguridad con que actuó en otras ocasiones de su vida, sorprende la modestia que manifiesta respecto a sus propios escritos (cf. su “Epístola proemial”). Quizá estaba convencido de no ser más que “moderadamente letrado”, de acuerdo con el juicio de fray Bernardino de Sahagún. Esto ayudaría a explicar el hecho de que sus escritos de mayor envergadura hayan quedado en embrión, sean ensayos apresurados, o no tuviesen la difusión que su importancia pedía. A los mismos motivos –y no a una supuesta prohibición oficial, que en el caso de Motolinía no ha sido probada– se debería que ninguno de sus escritos de carácter “etnohistórico” haya sido impreso hasta el siglo XIX (la primera edición de la *Historia* –muy fragmentada– apareció en 1848; la primera edición crítica y completa es de 1858).

Ambas circunstancias –la índole peculiar de los escritos de Motolinía y los medios imperfectos y limitados por los que llegaron al público culto de su tiempo– contribuyeron a crear una serie de problemas historiográficos que los especialistas han venido esforzándose en resolver particularmente durante el último siglo. Hasta nosotros han llegado dos obras históricas que se atribuyen a Motolinía: la *Historia de los indios de la Nueva España* y los *Memoriales*. Dos títulos postizos, ninguno de ellos original de Motolinía, como tampoco lo son los manuscritos en que dichas obras nos han sido transmitidas; el único manuscrito conocido de los

*Memoriales* es además enteramente anónimo. Son evidentes las relaciones de contenido entre las dos obras, y para explicarlas se han expresado varias teorías. Esto dio origen a lo que el padre Lino Gómez Canedo llamó la “cuestión motoliniana”, en un artículo titulado “Fray Toribio Motolinía y su obra historiográfica (a propósito de la nueva edición de los *Memoriales* por Edmundo O’Gorman, México, 1971)”, publicado originalmente en inglés en la revista *The Americas*, 29 (1972-73), 277-307, hace una exposición sintética de la misma. Resolver la “cuestión motoliniana” que anotaba Lino Gómez Canedo implicaba embarcarse en la no fácil tarea de emprender una nueva edición crítica de las obras de Motolinía que apreciando los esfuerzos anteriores resolviera las deficiencias y proporcionara un texto definitivo de ellas.

Así, a veinticinco años de la última edición de los *Memoriales* realizada por el maestro Edmundo O’Gorman, Nancy Joe Dyer da a luz pública la suya, con la intención de ofrecer un texto críticamente establecido y anotado del único manuscrito conocido de los *Memoriales*, el cual se encuentra incorporado dentro de un conjunto de textos en un códice de principios de la segunda mitad del siglo xvi que lleva el nombre de *Libro de Oro*, propiedad de la University of Texas at Austin, Benson Latin American Collection, catalogado con las siglas JGI 31, que es muy imperfecto pues en él encontramos lagunas, capítulos truncados y transposiciones de textos, además de que tiene un buen número de anotaciones, algunas de fecha posterior a la de los textos incluidos –que la editora tiene el acierto de dar a pie de página de su obra. A partir de un serio estudio realizado durante siete años sobre el manuscrito tejano, la nueva edición de los *Memoriales* pretende ser superior a las otras dos que se habían hecho del texto en español hasta ahora: la realizada por don Luis García Pimentel en 1903 en México que fue la primera –de la que se han hecho dos reimpressiones: Edmundo Avia Levy, Guadalajara, México, 1967, facsimilar de la anterior, y Fidel Lejarza, Madrid, 1970–, y la mencionada de Edmundo O’Gorman –es decir la segunda. Desde el punto de vista codicológico, la editora nos da una descripción satisfactoria del manuscrito tejano, aspecto que se había descuidado en las otras dos ediciones anteriores de la obra de Motolinía.

La nueva edición de los *Memoriales* es un grueso volumen, muy bien impreso y presentado, cuyo contenido es el siguiente: preámbulo de la editora (pp. 13-17); estudio introductorio (pp. 19-91); descripción codicológica del Libro de Oro y del manuscrito (pp. 93-114); normas de transcripción (pp. 115-118); el texto de los *Memoriales* anotado (pp. 119-559); repertorio de “siglas empleadas” (p. 561); bibliografía de manuscritos, copias, ediciones y traducciones de las dos obras de Motolinía (pp. 563-566); bibliografía usada por la editora (pp. 567-576); y, por último, un índice de los títulos de los capítulos de los *Memoriales* (pp. 577-588).

Tras una larga introducción, cuyo contenido es muy cuestionable como veremos adelante, y un estudio codicológico del manuscrito JGI

31, viene la transcripción paleográfica del texto de los *Memoriales*, tal como aparece en el único manuscrito que se conoce; el texto ha sido mejorado por lo menos en el aspecto literario, y es de esperar que lo haya sido también en su fidelidad al original, porque desde el “Preámbulo” se descubre que la preocupación de la editora es más de índole lingüística que histórica –aspecto que se refleja en varias notas al texto–: “La presente edición de los *Memoriales* intenta captar la vitalidad y la variabilidad lingüística de la obra, sacar a la luz la temprana historia lingüística y cultural de la Nueva España y dibujar la *Weltanschauung* del erudito misionero franciscano en su propia *koiné*” (p. 16); más adelante la propia editora externa de nueva cuenta su finalidad cuando afirma: “El propósito de la presente edición, llevada a cabo con la consulta directa del códice teitano, es presentar el texto en que se aplican los criterios que la paleografía establece para la lectura... La edición se dirige al estudioso de las lenguas, las literaturas y las culturas englobadas en el texto, pero se ha modernizado mínimamente para facilitar su comprensión por un público más amplio” (p. 96).

El mayor mérito del trabajo de la editora es el que realiza desde el ámbito de su especialidad al examinar minuciosamente varias expresiones lingüísticas de Motolinía para aquilatar su valor y evolución, al estudiar su morfología y el léxico utilizado en el texto. También es muy meritorio su trabajo codicológico del manuscrito para identificar los distintos amanuenses con el fin de estrechar un poco más el período dentro del cual pudo ser escrito (lo que determina por medio de un análisis de las marcas de agua de los folios y los tipos de papel utilizados).

Sin embargo, sin negar los enormes méritos que la autora realiza en el estudio codicológico de los *Memoriales*, existen dos aspectos de la edición que son muy cuestionables y deficientes. El primero se encuentra en la larga introducción que redacta al hacer de fray Toribio de Benavente un “alumbrado”, seguidor de las tesis de Erasmo, milenarista, obsesionado con la proximidad del fin del mundo y la consiguiente llegada del reino milenario. En su estudio introductorio, la editora parece seguir las tesis expuestas por John Phelan en su libro titulado *The milenian kingdom of the franciscans in the New World. A study of the writings of Jeronimo de Mendieta (1525-1603)*, publicado por la Universidad de California (Berkeley-Los Angeles, 1956), y las del francés Georges Baudot expuestas en *Histoire et utopie* (Toulouse, 1977), que a pesar de sus notables méritos son en muchos puntos cuestionables por ese afán excesivo de descubrir lo críptico y misterioso en textos que parecen tener un sentido muy claro, lo que los lleva a exageraciones, hipótesis poco justificadas y al uso de bibliografía no pertinente. Aspecto del que no se salva nuestra editora, por ejemplo, al lanzar una serie de afirmaciones sobre el valor simbólico y críptico que tiene el nombre de fray Toribio: “Debido a la evidencia, en los *Memoriales*, de su constante interés lingüístico, filosófico y teológico en el significado o aporte de cualquier palabra, sean los topó-

nimos los nombres de los dioses de los nahua, o los nombres de bautismo de los indios, sin duda fray Toribio había considerado el impacto «etimológico» de su propia autodesignación. La falta de la evidencia biográfica en la documentación castellano-leonesa antes de su entrada en la orden franciscana posiblemente se atribuye al hecho de que adoptara el nombre Toribio para simbolizar los valores personales que quería encarnar, el mismo procedimiento que se refleja en la adopción de su apodo nahua” (p. 19). La afirmación sería en parte aceptable si existiera evidencia documental de que fray Toribio adoptó dicho nombre en el momento de su profesión como religioso, pero al carecer de la misma se conjetura gratuitamente que “adoptara dicho nombre para simbolizar los valores personales que quería encarnar”. Lo mismo se puede decir cuando se refiere a una “koine franciscana”; si la editora se hubiera informado mejor con respecto a la teología cristiana de los primeros años de la Iglesia, así como de la teología medieval, se hubiera dado cuenta de que muchas de las afirmaciones, expresiones, y metáforas que utiliza Motolinía en su texto pertenecen a una tradición que nada tiene que ver con una exclusividad franciscana ni mucho menos con la espiritualidad de los “alumbrados”; es decir no es “raro” que los autores novohispanos hablen de la luz del Espíritu Santo, o de que Dios ha enviado su luz para iluminar nuestras almas, o que hagan uso de las parábolas evangélicas para explicar algún punto doctrinal del dogma o de la moral cristiana, pues ambos aspectos pertenecen a la tradición catequética y homilética de la Iglesia católica. Por otra parte, un aspecto que nos parece bastante delicado es la afirmación relativa al uso que Motolinía hizo de las obras de Erasmo, los argumentos que presenta son endeble y la crítica textual no permite lanzar con tanta facilidad conjeturas que no tienen apoyo documental, ya que la referencia a ciertas expresiones que aparecen en los *Memoriales*—que por lo demás eran comunes en la época de Motolinía—no es concluyente para afirmar una extracción erasmiana.

Deficiente me parece asimismo la gran mayoría de las notas a cada uno de los capítulos que comprende el texto de los *Memoriales*. La identificación de autores y de fuentes no alcanza el nivel exigido por un trabajo científico como pretende ser el presente. Por lo que se refiere a los autores citados, su identificación es vaga o está equivocada. En cuanto a la determinación y traducción de los textos en latín y bíblicos la solución no es satisfactoria, como ejemplo podemos referir la nota 3 a la “Epístola Proemial”, o la nota 1 al primer capítulo. Por lo que respecta a las referencias bíblicas, muchas de ellas son equivocadas, véase por ejemplo la referencia en nota 3 al primer capítulo al evangelio de San Juan 6, 35-58—conocido como el discurso del “pan de vida”—que no tiene relación alguna con el texto de Motolinía que se anota. Para no hacer más larga esta reseña no señalamos otras deficiencias de la edición.

Finalmente sólo me resta decir que la edición realizada por Nancy Joe Dyer de los *Memoriales* ha contribuido ciertamente a desatar la “cues-

tión motoliniana” al presentar un mejor análisis del manuscrito, pero creo que la publicación de un texto críticamente establecido y anotado de los mismos es tarea por hacer.

MIGUEL ÁNGEL SOBRINO

JOSÉ MARÍA PAZ GAGO, *Semiótica del “Quijote”. Teoría y práctica de la ficción narrativa*. Rodopi, Amsterdam-Atlanta, 1995; 432 pp.

La semiótica es, probablemente, una de las disciplinas teóricas que cuenta con más apasionados defensores y detractores en el ámbito de los estudios literarios. Para algunos críticos, su tendencia a los tecnicismos, más que propiciar, dificulta la explicación del texto; para otros, en cambio, como el autor de este libro, “constituye el soporte metodológico más adecuado” (p. 384) para dar una nueva dirección a este tipo de estudios y, en particular, a los cervantinos.

Al partir del entendimiento de la obra literaria como un signo que se define por la tríada significante/objeto o referencia/historia significada, Paz Gago establece, desde el punto de vista metodológico, la autonomía del texto en relación con cualquier referente de la realidad que no sea su idéntico, es decir, otro texto literario. La semiótica narratológica le permite así explicar los mecanismos estructurales y funcionales del relato sin salir de los límites de la ficción.

El epígrafe que preside el estudio es, también, una observación de orden metodológico: “censurar y alabar son operaciones sentimentales que nada tienen que ver con la crítica” dice Pierre Menard, “autor del *Quijote*”. Este juicio resulta provocativo si se sitúa, como pretende el autor, en el contexto de la crítica cervantina, que ha sido terreno, en numerosas ocasiones, de enconadas y apasionadas polémicas. Paz Gago, con esa divisa, está abogando por una crítica objetiva e imparcial; sin embargo, es bueno recordar que detrás de cualquier intento de objetividad se halla siempre una toma de posición.

Bajo este signo se ha de entender no sólo el análisis propuesto de la novela en general, sino, particularmente, el capítulo que concluye este libro: “Metatextos. El *Quijote* y la crítica”, el cual funge, en realidad, como punto de partida de un estudio que intenta mostrar una nueva manera de analizar el texto en aras de resolver los enigmas que la crítica, desde otras posiciones teóricas y metodológicas, no ha resuelto aún.

Tiene razón Paz Gago en su crítica a las tendencias biografistas de análisis, cuando afirma que “el *Quijote* no es un tratado filosófico serio, sino una obra de ficción, por lo que el pensamiento de Cervantes es inaccesible a través de ella” (p. 376); pero no creo que eso pueda sustentarse en que “la gran riqueza y variedad de ideas dispersas sobre religión, estética, moral... son expresadas por seres ficcionales –narradores y per-